

MILAN KUNDERA
EL LIBRO DE LA RISA Y EL OLVIDO

Traducción del checo de Fernando de Valenzuela

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Primera parte	
Las cartas perdidas	9
Segunda parte	
Mamá	39
Tercera parte	
Los ángeles	75
Cuarta parte	
Las cartas perdidas	105
Quinta parte	
<i>Lítost</i>	155
Sexta parte	
Los ángeles	205
Séptima parte	
La frontera	251

Primera parte
Las cartas perdidas

En febrero de 1948, el líder comunista Klement Gottwald salió al balcón de un palacio barroco de Praga para dirigirse a los cientos de miles de ciudadanos que llenaban la plaza de la Ciudad Vieja. Aquél fue un momento crucial en la historia de Bohemia. Un momento fatídico.

Gottwald estaba rodeado por sus camaradas y justo a su lado estaba Clementis. La nieve revoloteaba, hacía frío y Gottwald tenía la cabeza descubierta. Clementis, siempre tan atento, se quitó su gorro de pieles y se lo colocó en la cabeza a Gottwald.

El departamento de propaganda difundió en cientos de miles de ejemplares la fotografía del balcón desde el que Gottwald, con el gorro en la cabeza y los camaradas a su lado, habla al pueblo. En ese balcón comenzó la historia de la Bohemia comunista. Hasta el último niño conocía aquella fotografía por haberla visto en los carteles de propaganda, en los manuales escolares o en los museos.

Cuatro años más tarde a Clementis lo acusaron de traición y lo colgaron. El departamento de propaganda lo borró inmediatamente de la Historia y, por supuesto, de todas las fotografías. Desde entonces Gottwald está solo en el balcón. En el sitio en que estaba Clementis aparece solo la pared vacía del palacio. Lo único que quedó de Clementis fue el gorro en la cabeza de Gottwald.

Estamos en 1971 y Mirek dice: La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido.

Quiere justificar así lo que sus amigos llaman imprudencia: lleva cuidadosamente su diario, guarda la correspondencia, toma notas de todas las reuniones en las que analizan la situación y discuten sobre lo que se puede hacer. Les explica: No hago nada que esté en contra de la Constitución. Esconderse y sentirse culpable sería el comienzo de la derrota.

Hace una semana, cuando trabajaba con su cuadrilla en el techo de un edificio en construcción, miró hacia abajo y le dio un mareo. Se tambaleó y se cogió de una viga que estaba suelta. La viga se desprendió y le cayó encima. En un primer momento la herida parecía terrible, pero cuando comprobó que se trataba de una simple rotura de brazo pensó con satisfacción que iba a tener un par de semanas de descanso y que por fin iba a poder ocuparse de las cosas para las que hasta el momento no había tenido tiempo.

Por fin les dio la razón a los compañeros más prudentes. Es verdad que la Constitución garantiza la libertad de expresión, pero las leyes castigan todo lo que pueda ser definido como atentado contra la seguridad del Estado. Uno nunca sabe cuándo va a empezar a gritar el Estado que tal o cual palabra atenta contra su seguridad. Por eso se decidió, finalmente, a llevar los escritos comprometedores a un lugar más seguro.

Pero antes quiere arreglar el asunto de Zdena. La llamó a la ciudad donde vive, a unos cientos de kilómetros de Praga, pero no consiguió comunicarse. Así perdió cuatro días. Ayer por fin logró hablar con ella. Le prometió que hoy por la tarde lo esperaría.

El hijo de Mirek, que tiene diecisiete años, se opuso a que Mirek condujese con el brazo escayolado. Y, efectivamente, no fue fácil conducir. El brazo herido, en cabestrillo, se balanceaba delante de su pecho, impotente e insertible. Para cambiar las velocidades, tenía que soltar por un momento el volante.

3

Tuvo relaciones con Zdena hace veinticinco años y solo le quedaron de ella, de aquella época, algunos recuerdos.

Una vez ella llegó a la cita secándose las lágrimas con un pañuelo y lloriqueando. Él le preguntó qué le pasaba. Le explicó que la noche anterior había muerto una gran personalidad rusa. Un tal Zhdanov, Arbuzov o Masturbov. Considerando la cantidad de lágrimas, la muerte de Masturbov le había afectado más que la muerte de su propio padre.

¿Es posible que aquello hubiera ocurrido? ¿No será el llanto por Masturbov solo un invento de su rencor actual? No, seguro que ocurrió. Claro que las circunstancias inmediatas que hacían entonces de su llanto un llanto creíble y real, ahora ya se le escapaban y el recuerdo se había convertido en algo tan improbable como una caricatura.

Todos los recuerdos que tenía de ella eran del mismo tipo. Volvían una vez en tranvía de la casa en la que por primera vez habían hecho el amor (Mirek comprobaba con especial satisfacción que había olvidado por completo aquellas escenas amorosas y que era incapaz de recordar ni siquiera un solo segundo). Más robusta, más grande que él (él era pequeño y frágil), estaba sentada en una esquina del asiento, el tranvía traqueteaba y su cara estaba como ensombrecida, ensimismada, curiosamente envejecida. Cuando le preguntó por qué estaba tan callada se enteró de que no había quedado satisfecha con la forma en que le había hecho el amor. Le dijo que le había hecho el amor como un intelectual.

Intelectual era, en el lenguaje político de aquella época, un insulto. Designaba a las personas que no comprendían el sentido de la vida y estaban alejados del pueblo. Todos los comunistas que por entonces fueron colgados por otros comunistas se vieron obsequiados con este insulto. A diferencia de aquellos que estaban firmes sobre la tierra, éstos, al parecer, flotaban por los aires. Por eso fue en cierto modo justo que los castigasen quitándoles definitivamente la tierra de debajo de los pies y que quedasen colgando un poco por encima de ella.

Pero ¿qué era lo que quería decir Zdena cuando lo acusaba de que hacía el amor como un intelectual?

En cualquier caso, no había quedado satisfecha de él, y de la misma manera en que era capaz de colmar la relación más abstracta (su relación con el desconocido Masturbov) con el sentimiento más concreto (materializado en forma de lágrimas), sabía también dar significado abstracto al acto más concreto y dar a su insatisfacción una denominación política.

Mira por el espejo retrovisor y se da cuenta de que tiene detrás siempre el mismo coche. Nunca dudó de que lo seguían, pero hasta ahora lo habían hecho con una discreción perfecta. Hoy ha habido un cambio sustancial: quieren que sepa que lo siguen.

A unos veinte kilómetros de Praga hay una gran valla en medio del campo y detrás de la valla un taller mecánico. Tiene allí un amigo y quiere que le cambie el arranque, que funciona mal. Detuvo el coche frente a la entrada, cerrada por una barrera a rayas rojas y blancas. Junto a la barrera estaba una vieja gorda. Mirek pensó que iba a abrir la barrera, pero ella se quedó mirándole, sin hacer el menor movimiento. Tocó el claxon, pero sin resultado. Sacó la cabeza por la ventanilla. La vieja dijo:

—¿Aún no lo han metido en la cárcel?

—No, aún no me han metido en la cárcel —contestó Mirek—. ¿Podría levantar la barrera?

Se quedó mirándolo impasible durante unos largos segundos y luego bostezó y se metió en la portería. Se aposentó detrás de la mesa y ya no volvió a mirarlo.

Bajó del coche, pasó junto a la barrera y entró en el taller a buscar a su amigo el mecánico. Éste le acompañó y levantó la barrera (la vieja seguía impasible en la portería con la misma mirada ausente) para que pudiera entrar con el coche en el patio.

—¿Ves?, eso te pasa por haber salido tanto en televisión —dijo el mecánico—. Todas las viejas te conocen de vista.

—¿Y quién es? —preguntó Mirek, y se enteró de que

la invasión del ejército ruso, que había ocupado Bohemia e imponía su influencia en todas partes, había despertado en ella una vitalidad poco corriente. Vio a personas que estaban situadas por encima de ella (y todo el mundo estaba situado por encima de ella) a las que la menor acusación les quitaba el poder, la posición, el empleo y hasta el pan, y eso la excitó: empezó a delatar por su cuenta.

—¿Y cómo es que sigue de portera? ¿Ni siquiera la ascendieron?

El mecánico se sonrió:

—No sabe contar hasta diez. No la pueden ascender. Lo único que pueden es confirmarle su derecho a denunciar. Ésa es toda la retribución —levantó el capó y se puso a revisar el motor.

En ese momento Mirek se dio cuenta de que a su lado, a dos pasos de distancia, había un hombre. Se volvió hacia él: llevaba puesta una chaqueta gris, una camisa blanca con corbata y pantalones marrones. Sobre el cuello grueso y la cara hinchada se rizaba el pelo canoso ondulado de permanente. Estaba de pie mirando al mecánico agachado bajo el capó.

Al cabo de un rato el mecánico se dio cuenta de su presencia, se levantó y dijo:

—¿Busca a alguien?

El hombre del cuello grueso y la cara hinchada contestó:

—No. No busco a nadie.

El mecánico volvió a agacharse sobre el motor y dijo:

—En la plaza de Wenceslao, en Praga, hay un hombre vomitando. Otro hombre pasa a su lado, lo mira y hace un triste gesto afirmativo con la cabeza: «Le acompaño en el sentimiento...».

El asesinato de Allende eclipsó rápidamente el recuerdo de la invasión de Bohemia por los rusos, la sangrienta masacre de Bangladesh hizo olvidar a Allende, el estruendo de la guerra del Sinaí ocultó el llanto de Bangladesh, las masacres de Camboya hicieron olvidar el Sinaí, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el más completo olvido de todo por todos.

En las épocas en las que la historia avanzaba aún lentamente, los escasos acontecimientos eran fáciles de recordar y formaban un escenario bien conocido, delante del cual se desarrollaba el palpitante teatro de las aventuras privadas de cada cual. Hoy el tiempo va a paso ligero. Un acontecimiento histórico, que cayó en el olvido al cabo de la noche, resplandece a la mañana siguiente con el rocío de la novedad, de modo que no constituye en la versión del narrador un escenario, sino una sorprendente *aventura* que se desarrolla en el segundo plano de la bien conocida banalidad de la vida privada de la gente.

La historia se evapora de la memoria y tengo que relatar hechos que sucedieron hace unos pocos años como si hubieran transcurrido hace más de mil: en el año 1939, el ejército alemán entró en Bohemia y el Estado de los checos dejó de existir. En el año 1945 entró en Bohemia el ejército ruso y el país volvió a llamarse república independiente. La gente estaba entusiasmada con Rusia, que había expulsado del país a los alemanes, y como veía en el Partido Comunista checo el fiel aliado de Rusia, le transfirió sus simpatías. Así fue como los comunistas no se apoderaron

del gobierno en febrero de 1948 por la sangre y la violencia, sino en medio del júbilo de aproximadamente la mitad de la nación. Y ahora presten atención: aquella mitad que se regocijaba era la más activa, la más lista y la mejor.

Ustedes digan lo que quieran, pero los comunistas eran más listos. Tenían un programa grandioso. Un plan para construir un mundo completamente nuevo en el que todos encontrarían su lugar. Los que estaban contra ellos no tenían ningún sueño grandioso, sino tan solo un par de principios morales, gastados y aburridos, con los que pretendían coser unos remiendos para los pantalones rotos de la situación existente. Por eso no es extraño que los entusiastas y los valientes triunfaran fácilmente sobre los conciliadores y los cautelosos y comenzaran rápidamente a hacer realidad su sueño, aquel idilio justiciero para todos.

Lo subrayo una vez más: *idilio* y *para todos*, porque todas las personas desde siempre anhelan lo idílico, anhelan aquel jardín en el que cantan los ruiseñores, el territorio de la armonía en el que el mundo no se yergue como algo extraño contra el hombre ni el hombre contra los demás, en el que por el contrario el mundo y todas las personas están hechos de una misma materia. Todos son allí notas de una maravillosa fuga de Bach, y los que no quieren serlo no son más que puntos negros, inútiles y carentes de sentido, a los que basta con coger y aplastar entre las uñas como a una pulga.

Desde el comienzo hubo gente que se dio cuenta de que no servía para el idilio y que quiso irse del país. Pero como la esencia del idilio consiste en ser un mundo para todos, los que quisieron emigrar se mostraron como impugnadores del idilio y en lugar de irse al extranjero acabaron entre rejas. Pronto los siguieron otros miles y dece-

nas de miles y finalmente muchos comunistas, como por ejemplo el ministro de Asuntos Exteriores, Clementis, que le había prestado una vez su gorro a Gottwald. En las pantallas de los cines los tímidos amantes se cogían de la mano, la infidelidad matrimonial se castigaba severamente en los tribunales de honor compuestos por simples ciudadanos, los ruisseños cantaban y el cuerpo de Clementis se balanceaba como una campana que llama al nuevo amanecer de la humanidad.

Y entonces fue cuando aquella gente joven, lista y radical tuvo de repente la extraña impresión de que sus propios actos se habían ido a recorrer el vasto mundo y habían comenzado a vivir su propia vida, habían dejado de parecerse a la imagen que de ellos tenía aquella gente, sin ocuparse de quienes les habían dado el ser. Aquella gente joven y lista comenzó entonces a gritarle a sus actos, a llamarlos, a reprocharles, a intentar darles caza y a perseguirlos. Si escribiese una novela sobre la generación de aquella gente capaz y radical, le pondría como título *La persecución del acto perdido*.

6

El mecánico cerró el capó y Mirek le preguntó cuánto le debía.

—Una mierda —dijo el mecánico.

Mirek se sienta al volante y está conmovido. No tiene la menor gana de seguir su camino. Preferiría quedarse con el mecánico escuchando historias curiosas. El mecánico se

19